

LYON, William (2014): *La escritura transparente. Cómo contar historias*. Madrid, Libros del K.O., 125 páginas.

La escritura transparente. Como contar historias es una sintética obra fruto de la experiencia de William Lyon (Nueva York, 1940) como el periodista y editor que ha sido y sigue siendo y como el docente que también es ahora (profesor de redacción en el Máster de Periodismo ABC-UCM). El título se basa en una conocida aseveración de George Orwell: *Good prose is like a window pane*¹, la buena prosa es como un cristal de la ventana, la buena prosa es transparente. La buena prosa piensa en el lector. El periodismo español es recargado para Lyon y necesita más genio, más chispa, mayor compromiso. Pensar duele, piensa Lyon, por eso la mala escritura quiere ocultar esa falta de pensamiento. El redactor es responsable de lo que dice, de cómo lo dice, y de lo que no dice porque no puede.

Mientras Lyon explica en qué consiste ser editor también define qué es ser redactor, qué significa ser periodista. Dos tareas diferentes, editor y redactor, pero que se complementan y se necesitan. En la prensa anglosajona la edición lo abarca todo. Una función comunicativa muy reconocida porque requiere un gran conocimiento: el editor selecciona los temas; el editor no permite las rutinas (esos temas tópicos que, por cierto, son tan frecuentes en el ejercicio del periodismo español); el editor trabaja con el periodista para aconsejar la forma más atractiva de su reportaje, el orden lógico de los párrafos que lo componen, la entrada, las fuentes. El editor está ahí para que el redactor intente siempre ponerse en el lugar del lector. Para que el redactor no escriba para lucirse ni para agradar a sus fuentes. Editor y redactor consiguen con su trabajo simbiótico que el lector sea el centro.

El redactor también debe aprender a editar su propio texto: leerlo y releerlo una vez escrito, saber corregir, volverlo a leer en voz alta que es como se escuchan las frases largas, los párrafos muertos, las palabras huecas o sin el sentido preciso que deben tener, la falta de ritmo, las repeticiones... Editar es leer desde el punto de vista del lector. Y esta tarea, necesaria y honesta, está ausente en el periodismo español. Por ello Lyon cree que su libro puede ser útil para quien aprecie la palabra y el estilo. Y lo ha conseguido, sin duda. Porque se trata de una pequeña (en tamaño, no en contenido) obra que enseña por su reflexión honesta, por su inteligencia y sensibilidad y por su sentido del humor, más neoyorquino que español. De hecho, llama la atención la página en la que el mismo autor presenta su obra, en un formato que recuerda a un poema, centrado el texto, y de verso libre:

“Manual muy útil con valiosos consejos para futuros periodistas e incluso para algunos que llevan tiempo en la profesión, y a la vez sencilla pero rigurosa orientación para cualquier persona que quiera mejorar su prosa y comunicar por escrito, más unas sagaces observa-

¹ Puede encontrarse en: ORWELL, Sonia and ANGUS, Ian (eds. 1970): *The Collected Essays, Journalism and Letters of George Orwell*, vol. 1: *An Age Like this 1920-1940*. Harmondsworth, Penguin, pp. 29-30.

ciones y sugerencias sobre el poco practicado oficio de “editar” los textos, e incluso alguna amena anotación en torno al carácter ibérico, todo esto ofrecido con la mejor buena fe, y tras casi medio siglo de trabajo en España, por el periodista guiri William Lyon” (p. 3).

Estructurado en 10 capítulos, *La escritura transparente* es un modelo de manual y de libro de estilo. El periodismo es artesanía para Lyon. La era digital no es excusa, ni la crisis de la prensa se va a resolver si no se invierte en la calidad de la escritura en todos sus géneros y en la edición, para mejorar, para conseguir un periodismo que sea periodismo, que hable y piense para el lector, no para los expertos, no para los políticos, no para las fuentes. Y, en este sentido, Bill Lyon se muestra muy crítico con los periódicos españoles por su falta de esmero y de renovación:

“si algo podeos aprender de nuestros amigos americanos, aparte de su estilo directo y su buen oficio, es cierto brío y sentido del humor, la chispa y la alegría, el atrevimiento. Si en España, y en el mundo entero se copian de la cultura yanqui tantas cosas nefastas, ¿por qué no emular algunos de sus aspectos positivos?” (p. 60)

El periodismo es artesanía. Según Lyon, García Márquez insistió en que el trabajo de los editores es esencial porque ellos, los editores, “son la cara del periódico” (p. 121). “La edición es ese eslabón débil del periodismo español” (p. 117). La última fase de la edición se produce cuando otro periodista repasa el texto y aconseja a su compañero (base del trabajo en Reuters) con una crítica constructiva. Sin embargo, en España esto aún no se concibe. En el periodismo los textos no pertenecen al periodista porque su sentido no es el de la creación individual. Los textos pertenecen al lector. Por eso un texto puede y debe ser escrito y editado por su autor y vuelto a editar por un editor o por un colega. El editor mira desde fuera y sus consejos, observaciones o críticas mejorarán inevitablemente ese producto final de escritura periodística cuya función es informar y mostrar el mundo, y hacer comprender.

William Lyon defiende el estilo depurado de cualquier tipo de tópicos (tremendos virus lingüísticos que se instalan con comodidad en un pensamiento débil), de excesos pseudocreativos, de palabras huecas y sobrantes, de frases inútilmente largas. Defiende, como los mejores escritores, un estilo limpio, cristalino, sencillo, fluido. Un estilo que Somerset Maugham define con una breve paradoja: “el mejor estilo es el que no se nota” (p. 83). Cuenta Lyon una anécdota de su época de editor:

“Un día, cuando trabajaba de editor, llego a mi mesa un reportaje con una entradilla florida y amanerada. Era una de esas frases larguísimas redactadas con intención de impresionar, cuando en realidad lo que consiguen es irritar e incluso confundir al lector. Con diplomacia, se lo hice saber a la joven redactora.

Ella protestó.

Insistí amablemente, explicando mis razones.

Hubo algún cambio de impresiones y contraste de pareceres más hasta que, decepcionada, espetó: “¡Pero me quitas toda la creatividad!” (pp. 81-82).

Este breve relato es significativo. La creatividad entre los periodistas -y muchos escritores- españoles no se concibe como un ejercicio de depuración, de soltar lastre, para, precisamente, ocultar la voluntad de un estilo. Los que somos profesores de es-

critura periodística sabemos que esta es una realidad que intentamos cambiar con nuestras observaciones y ejemplos. Y que no lo tenemos todo perdido, ni mucho menos. Por eso tiene sentido nuestra tarea y por eso me alegra tanto y me es tan útil este breve pero intenso e inteligente libro de William Lyon. Porque la escritura es transparente o no es escritura. Porque la escritura si no es como una ventana que nos permita ver el mundo, no es escritura. Porque si lo escrito no atrapa al lector es un acto fallido, un fracaso.

La escritura transparente. Como contar historias es una respetuosa síntesis de toda una vida dedicada al periodismo -como redactor y editor- y de toda una vida dedicada a la lectura, periodística y literaria, de su autor, William Lyon. Por eso es una obra valiosa: crítica, testimonial, amena, sencilla, con sentido del humor, reflexiva. Una obra que se aleja de los manuales que quieren sentar cátedra y que recurren al tan frecuente oscurantismo lingüístico del disfraz sociológico, quizá porque parece más científico. William Lyon está en otro planeta intelectual, en el que yo también vivo, y su libro es por igual muy útil a alumnos y profesores de periodismo. Todos estamos aprendiendo porque conseguir la belleza del limpio cristal de la ventana es una tarea apasionante para toda una vida. Y llega un momento en que comprendemos lo que quiso decir Orwell cuando confesó en su breve “Why I Write” aparecido de manera póstuma en 1953:

“Y sin embargo también es verdad que no es posible escribir nada legible a menos que se luche constantemente para borrar nuestra propia personalidad. La buena prosa es como el cristal de una ventana”.

María Jesús CASALS CARRO
Universidad Complutense de Madrid